

Sermón, Marcos 4:25-34

En nuestro texto de hoy, Jesús habla de algo que es tan pequeño que es realmente difícil de ver desde una distancia de más de dos metros.

Es demasiado pequeño.

¿Sabes qué es? Un grano de mostaza.

Y la razón por la que lo traigo a colación es porque nuestro Señor Jesucristo dijo unas palabras aparentemente curiosas sobre una cosa tan pequeña. Dijo, y cito "EL REINO DE DIOS es como un grano de mostaza" (v 31).

Eso no parece tener sentido. ¿Un grano de mostaza? ¿Una semilla insignificante y poco impresionante, obviamente incapaz de hacer nada grande, es como "EL REINO DE DIOS"? Parece difícil conciliar las palabras de nuestro Salvador con una pequeña semilla.

Pero eso es lo que enseña Jesús en nuestro texto de hoy.

El Reino de Dios, como un grano de mostaza, simplemente parece insignificante, poco impresionante,

Incapaz de hacer algo grande.

I.

Es importante empezar por entender que el reino de Dios al que se refería Jesús es una referencia a sí mismo y a su obra salvadora. La Escritura nos dice que Jesús se sentaba con la gente, les enseñaba o curaba, y luego proclamaba: "el reino de Dios está entre vosotros" (Lc 17,21) o "el reino de los cielos se ha acercado" (Mt 4,17).

Pero, al igual que la insignificante semilla de mostaza no puede verse a más de metro y medio de distancia, Jesús a menudo parecía insignificante, poco impresionante, incapaz de hacer algo grande. A primera vista, este "Reino" no parecía un gran reino. Cristo no tenía ejércitos. En su lugar, tenía doce tipos de aspecto ordinario que le seguían, algunos de los cuales tenían olor a pescado. Aparentemente, este Reino ni siquiera incluía a Nazaret, ya que Jesús fue expulsado de su ciudad natal. Este Reino incluía a la gente menos deseable de los alrededores: pecadores, prostitutas, recaudadores de impuestos. También se podía invitar a cualquiera a entrar en él, y así lo hizo. Este era el Reino de la gente. Insignificante, poco impresionante y, según todas las apariencias, parecía incapaz de hacer algo grande.

Especialmente, no pareció impresionante cuando su Rey fue arrastrado, colgado y abatido. Al parecer, Jesús no era rival para unos pocos guardias del templo escasamente armados, por no hablar de los poderosos romanos. Parecía que se le trababa la lengua bajo presión, que no tenía respuesta para sus acusadores, ni inspiración final elocuente para sus seguidores. Colgado en la cruz, parecía tan indefenso como un esclavo rebelde. Y muerto, bueno, nunca iba a salir de ahí.

Por supuesto, Jesús sabía todo esto. Ese fue exactamente su punto cuando habló de la semilla de mostaza. "Y dijo: '¿Con qué podemos comparar el reino de Dios, o qué parábola usaremos para él?"

Es como un grano de mostaza, que, cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas de la tierra, pero cuando se siembra crece y se hace más grande que todas las plantas del jardín y echa grandes ramas, de modo que las aves del cielo pueden hacer nidos a su sombra" (vv 30-32).

Aunque esa semilla era pequeña, de ella crecería la planta más grande del jardín. De algo tan insignificante, tan poco impresionante, aparentemente incapaz de hacer nada grande, surgiría una planta tan maravillosa que las criaturas vivas pueden encontrar en ella cobijo y refugio. Y cuando se trata del reino de Dios, los cristianos harían muy bien en recordar y creer esta lección, porque no ha cambiado mucho hasta hoy.

II.

Porque el reino de Dios está entre nosotros. El reino de Dios está aquí. Jesús está hoy tan activo entre nosotros como cuando curó al paralítico y le perdonó el pecado (Mc 2). Está tan activo hoy como cuando le dio la vista al ciego Bartimeo (Mc 10). Está tan activo hoy entre nosotros como el día en que dio de comer a los cinco mil (Mc 6). Porque Jesús viene a nosotros a través de los Medios de Gracia, su Palabra y sus Sacramentos, para perdonar, renovar y dar vida. Su Evangelio nos llama a la fe. Él lava nuestro pecado en el Bautismo. Nos da de comer su Cena para nuestra salvación. El reino de Dios está aquí, reinando en verdad y en gracia a través del ministerio de su Iglesia.

Y sin embargo, a simple vista, este reino de Dios, este reino de la gracia, no parece gran cosa. El pan es sólo pan. El agua es agua. El vino es vino. La absolución pronunciada es sólo un conjunto de palabras. Y lo único que curan los sermones son los casos graves de insomnio.

Pero quizás lo peor es que, visto por los cristianos, el reino de Dios entre nosotros sigue pareciendo insignificante, poco impresionante e incapaz de hacer algo grande.

Estoy seguro de que han escuchado la preocupación de algunas personas, de la poca asistencia a las iglesias hoy día, argumentado la inseguridad por este virus, las iglesias se están quedando vacías, lo vemos nosotros también en nuestra congregación.

Es en estos momentos cuando los cristianos pueden perder la fe y verse tentados a disfrazar la Buena Nueva para hacerla más atractiva o suavizar la Palabra para hacerla más agradable o incluso censurar la cruz para hacerla menos ofensiva. Esto es lo que ocurre cuando los cristianos pierden el ánimo, creyendo que el Reino que se presenta aquí es sólo un insignificante grano de mostaza. Cuando eso es todo lo que podemos ver, estamos en problemas.

III.

Así que, una vez más, recordemos la verdad de las palabras de nuestro Salvador. El Reino parece simplemente insignificante, poco impresionante e incapaz de hacer algo grande. Jesús dijo que aunque la semilla de mostaza es la más pequeña de las semillas, cuando se planta crece y se convierte en la planta más grande del jardín, tal vez de tres metros de altura, con ramas tan grandes que los pájaros pueden posarse a su sombra. Aunque la sabiduría y la lógica humanas, abandonadas a sí mismas, nunca pueden creerlo, los ojos de la fe lo contemplan correctamente.

En la fe, vemos las cosas como son. En nuestro servicio del domingo, se siembra la semilla del Evangelio de Jesucristo. Ustedes aquí la escuchan, con fe, se arrepienten. Y en ese mismo momento, la hueste de ángeles celestiales se regocija. Una emoción recorre el cielo por algo que ha ocurrido aquí abajo, entre nosotros.

Aquí el Creador todopoderoso y misericordioso nos habla con su Palabra. Y nosotros le hablamos en nuestras oraciones, y en el nombre de su Hijo, que hizo la paz por nosotros con el Padre a través de su sangre derramada en esa cruz, Él nos escucha. Alabamos el gran nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en los himnos. Juntos, nos ponemos de pie como un solo Cuerpo bautizado en Cristo y confesamos firmemente nuestra única fe con una sola voz, declarando claramente quién es Dios y las obras que ha realizado en las palabras de nuestros credos históricos.

Y, oh, sí, los pecados son perdonados. Mis pecados, tus pecados, son pagados en la muerte de nuestro Salvador, Jesús. Pronunciados en la absolución, recibidos por nosotros en la Cena del cuerpo y la sangre de Cristo. La culpa es reemplazada por la paz. La muerte es sustituida por la vida. Como Lutero lo expresó con tanta sencillez en el Catecismo Menor, donde hay perdón de los pecados hay vida y salvación. Y a través de todos estos dones, el Espíritu Santo actúa fortaleciendo la fe y el amor hacia nuestro Dios, y nos mueve a amar al prójimo. Esa es la semilla de mostaza que crece, y eso, por el poder del Espíritu, es lo que sucede aquí.

Pasar por alto este reino de Dios a través del ministerio de la Iglesia sería como mirar al pesebre y ver sólo un bebé desafortunado. Pasar por alto la Palabra y los Sacramentos como superstición sería como si alguien mirara a la cruz y sólo viera la ejecución de un fanático religioso. En esta vida, en este mundo, el reino de Dios parecerá sólo un grano de mostaza: insignificante, irrelevante, incapaz de grandes cosas.

Pero como sabemos, ese no era un bebé más en un pesebre, y ese no era una inocencia religiosa en la cruz. Por eso sabemos y nos alegramos de que se nos revele la Buena Nueva de Jesús, que es el poder de Dios para la salvación, oculto en los medios terrenales comunes. Poder que ha perdonado nuestros pecados, nos ha llamado a la fe y nos ha dado la vida eterna.

IV.

Y como esos pájaros de los que hablaba Jesús, que buscaban refugio a la sombra de una planta de mostaza, nosotros vivimos por fe al abrigo de este reino de la gracia, donde la justicia de Cristo cubre todo nuestro pecado. Y entonces, un día, cuando nuestro Señor regrese, nosotros y todo el mundo, creyentes e incrédulos por igual, veremos cuán grande es el reino del grano de mostaza.

Pero hasta el día designado por Dios, los que vivimos en y con el conocimiento del misterio del grano de mostaza tenemos vidas de extraordinario significado oculto.

Puede que nadie se fije en un padre o de la madre, que tiene una devoción en la Palabra con su hijo durante cinco minutos en un día como hoy. Aparentemente insignificante. Podría decirse una pequeña cantidad de tiempo.

Pero recuerda el grano de mostaza se regocija en lo que hace en el nombre de Jesús.

Del mismo modo, una simple invitación a alguien para que venga a la iglesia, donde se dan los dones de Jesús. No saldrá en las noticias de la noche, pero puede causar regocijo en el cielo.

Es como dijo Jesús en la otra parábola de nuestro texto:

“Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra. 27 Duerma y vele, de noche y de día, la semilla brota y crece sin que él sepa cómo, 28 porque de por sí lleva fruto la tierra: primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga; 29 y cuando el fruto está maduro, en seguida se mete la hoz, porque la siega ha llegado” (vv 26-29).

No es gran cosa lo que hace el agricultor, lo que hacemos nosotros, pero ¡qué cosecha! Rara vez, si es que alguna vez, alguien nos estimará o alabará por vivir por fe en Cristo. Los medios sociales no informarán sobre esto. Y no es lo que buscamos.

Sabiendo que nosotros somos dueños de este glorioso misterio, porque el Espíritu Santo nos ha dado la fe mediante la palabra, no podemos olvidarlo, vivamos en su Gracia.

Y esta gracia podemos compartirla con otras personas, para que ellos también puedan visitar este lugar, donde se siembra la semilla y se tiene el perdón de pecados por la obra de Jesucristo en la Cruz.

Y oremos para que Dios la haga crecer entre todos nosotros.

Amen.